

Cumpleaños de mi madre, y una congruencia de la vida: ella me compraba libros de pequeño, yo le regalo libros de mayor.

Se va perdiendo ese sabor, entre Baroja y El Vaquilla, tan propio del Abroñigal y Méndez Álvaro. Antes había toxicómanos, degradación, hampones, bares de obreros, naves de galvanizado, poca gente pero siempre peligrosa. Ahora hay tiendas, farmacias, sucursales de La Caixa, un asador de pollos, comercio y paz, padres con camisa de cuadros que llevan a un niño de la mano. No debería suceder pero sucede: somos partidarios de lo segundo, pero algo dentro de uno echa de menos lo primero.

Cada español parece nacer con la ilusión de que sería mejor tan solo con ser de otro país.

Me paseo cinco minutos por el escaparate virtual de una tienda de —en principio— respetables zapatos italianos. Me quedo un poco sorprendido: ¿qué hombre dotado de «recta razón» se puede poner eso? No doy crédito. Ya me voy a entregar a la

jeremiada sobre el mundo contemporáneo y la dictadura de la tontería cuando caigo en la cuenta de que estoy viendo la sección de mujeres.

Artículos. Es sencillo que alguien te quiera por escribir, lo que por lógica hace pensar que es mucho más sencillo que alguien te odie.

Una pequeña decencia del escritor consiste en no ir demasiado de escritor.

Burke, corregido por Niebuhr. Para que el mal triunfe, solo es necesario que los buenos no hagan nada. La corrección de Niebuhr: nunca somos tan buenos como nos creemos.

Un poderoso dedo destructor, un ingenio de la mecánica o la hidráulica vino a demoler el primer Vip's de España hace unos días. Los paseantes miraban con asombro, tomaban fotos con el móvil y pensaban, tal vez, en Gallardón. El primer Vip's ocupaba los bajos de una compañía de seguros que, por intereses de belleza urbana, debería haber tenido un nombre ostentoso —Previsora Universal, Aachener und Münchener— pero en realidad solo era AXA. Las escenas de demolición fueron un pequeño apocalipsis en el que una grúa pellizcaba los muros, e iba desnudando el edificio y dejando caer cascotes como la materia leve de los pétalos. Así debió de derrumbarse —pensábamos— la arrogante muralla en Jericó.

Aquel era un tramo al principio de O'Donnell que siempre ha tenido su interés. Calle culta, todavía permanecen las delegaciones madrileñas del Círculo de Lectores y del Grupo Zeta,

el rótulo orientalizante de «Dragón Butano» y una peluquería para ricos que hizo turno de noche en la boda de los Príncipes de Asturias. Por lo demás, hay desde 1920 una tienda de bicicletas con el nombre vanguardista de «El caballo de acero». Hoy la calle O'Donnell sufre una destrucción orgiástica por la perforación de un túnel aunque la autoridad municipal promete, para dentro de una década, un bulevar con muchos árboles.

Allí en O'Donnell estuvo Alfas Laserna, menos a modo de comercio que a modo de institución. La tienda tenía esa elegancia tan tibia de la media luz, los tonos verdes y los urogallos disecados. En Alfas, Franco se mandaba hacer las tebas y los madrileños vieron por primera vez, con gran admiración, los zapatos americanos de Sebago. Las chaquetas tebas, en distintas versiones degradadas, y los mocasines de Sebago tendrían después mucho recorrido en ciertos barrios y entre cierta gente. Se restauraban también armas magníficas, vasconavarras e inglesas. Hace unos años Alfas cerró y en el local acomodaron una taberna neoandaluza donde, alguna vez, se vio al periodista José Oneto dar al viento golpes de flequillo.

El Vip's originario seguía el modelo de cafetería americana —como Nebraska o Manila o California— que alegraba las tardes de las viudas con meriendas muy copiosas: sólidas tartas de queso, pancakes con extra de sirope y nata, batidos dulces de medio litro, arquitecturas efímeras de helado y ese género de cosas que solo sin vanidad pueden tomarse en público. El Vip's era el sitio para el té de las cinco o el gin-tonic de las seis. Además de viudas o de madres con hijos que vuelven del médico, en el Vip's abundaban los enamorados recientes en busca de una intimidad no excesiva y los grupos de jóvenes que pasaban dos horas con la misma coca-cola. Hasta el asalto de otros pijos suburbiales, fue —junto al de Lista— el que convocaba a la pijeza más clasicista de las camisas rosas y, precisamente, los mocasines de Sebago. Yo creo que todo es ya una página de época, quizá porque antes nadie se reconocía como pijo y ahora

todo el mundo quiere serlo. Estos no son juicios morales sino observaciones de uno que pasea sin afán.

«A París solo le falta el Vip's», comentaba un francófilo, harto de la tristeza de escuchar sus propios pasos por los bulevares en penumbra cuando apenas eran las diez de la noche y en el Flore se apagaban las luces y los últimos cigarros. En su momento más vital, el Vip's abría hasta las tres de la madrugada y allí podía uno comprar la prensa de mañana, agua con gas, revistas tontas o un bocadillo de salmón: contribuía todo a una frivolidad que, de algún modo, tuvimos que llevar con indulgencia. Allí compramos los fondos saldados de la editorial Pamiela (Carlos Pujol, Sánchez-Ostiz) y el disco aquel de Penderecki que solamente escuchamos una vez. Pese a todo, en los domingos de otoño con viento y nubes, el Vip's era la excusa para escapar por un momento a la mirada de los padres.

Hubo un tiempo fatal, hace ya años, en que las camareras del Vip's empezaron a ser feas y a dejar de sonreír. Las ensaladas se hacían de lechuga iceberg y la limpieza solo se notaba en el invasivo olor de la lejía, e incluso a las nueve de la mañana los croissants tenían la textura del cartón. El millonario Plácido Arango se abandonó a su codicia creativa y el Vip's se fue extendiendo con exceso y una uniformidad y rigidez desagradables. Todo perdía poso conservador, en tanto el millonario Arango —lícitamente— engordaba sus riquezas. En mi caso, también dejé de considerar que desayunar fuera de casa era la acepción más asequible de la libertad. Así nos desligamos de esa conexión casi sensual que nos une a algún lugar de la memoria hasta que, algo después, prefirieron retirar las tarjetas oro del Club Vip's. De todo empieza a hacer ya mucho tiempo.

Ahora que ha cerrado el primer Vip's, el Vip's aquel de las magníficas meriendas, descubro una mínima orfandad como una arqueología sentimental sin recorrido, donde se ha posado

el tiempo con total banalidad. Unas grúas terribles derribaron la casa y ahí se pudo ver esa mano de nieve que enturbia el pasado y escribe en las paredes las palabras confusas del futuro. «*Mene, tekel, upharsin.*» En todo caso, siempre fueron mejores las meriendas de Embassy con cóctel de champán y merengue de limón.

*Dies gloriosus.* Con Valentí Puig a ver a FRL, que es quien manda —aunque hay otro director interpuesto— en *ABC Cultural*. Preocupación por VP, orondo como terminaré yo, aunque cada una de sus páginas es un triunfo que le arrebatamos al deporte. Jardín de pura delicia de la Residencia de Señoritas, sede de la Fundación Ortega y Gasset, donde se pueden oír los pájaros no ya en Madrid o en el centro de Madrid, sino en lo mejor de Madrid. Admiramos la limpieza de esa arquitectura moderna. Escaleras. Ambiente un poco monacal —de monjas laicas, en efecto—, como tantos lugares de estudio. El sol se cuele por la ventana del despacho como un rayo de miel. Pienso en la suerte de este hombre —trabajar allí, el silencio, los libros, las docenas de *Revistas de Occidente* en los estantes. VP y FRL no intercambiaron una sola sonrisa en toda la conversación. Podrían haberse comunicado por gruñidos: tipos muy serios. Yo estaba ahí como el muchacho del Castilla, con sus orejas de soplillo y su chándal de barriada, al que de pronto le dicen que ese fin de semana juega con el Real Madrid A. Tramitada con éxito la gestión —escribir en *ABC Cultural*—, Fernando nos habla de quedarnos a la tertulia semanal que tienen después de comer, con Calvo Serraller y no sé quiénes más, todos ellos altísimos mandarines, perspectiva que me hace temblar las rodillas, y veo que a VP le hace gracia la idea. Me dice de ir al restaurante de Sergi Arola o al de Santi Santamaria, a quien conoce de algo, pero no quiero salirle o salirme por un ojo de la cara y le digo, te voy a llevar al Madrid que debes conocer, y

vamos al Hispano. Buen carré de cordero, champán —siempre lo bebe— y Margarita Robles en el comedor atestado. Creo que hubiese esperado algo más espectacular, pero qué le vamos a hacer. Después se van desliendo, a Dios gracias, las ganas de ir a la tertulia: nos la montamos nosotros. Mojamos la sobremesa con dos whiskies y un chorrito más. VP se vuelve a Barcelona y yo a casa, intentando asimilar tantas generosidades.

Tal vez quepa estar orgullosos, según dicen, de lo que hemos leído. Pero me temo que en nuestros días el mayor orgullo está en lo que no hemos leído.

Salir antes de las 7am de casa y pensar que a esta hora la gente de bien se está tomando el sexto whisky.

Ochenta años, figura elegante, conservadora, mucha lana, mucha dignidad. Carlos de A., viudo, se está quedando ciego. Fumaba hasta en las ventanas del hospital. Solo empecé a quererlo cuando mi hermana mayor —nada dadivosa a la hora del elogio— habló de su rectitud, de su entereza. Siempre fue cariñoso, expansivo —pero recio. Le encantaba coger el teléfono en la oficina: así saludaba. Me llamó el día de san Ignacio, siempre tan solemne que hace gracia o siempre tan humorístico que finge solemnidad, no lo sé. Los años le han encorvado. No he visto a nadie más viudo que él: su soledad parece una digna provisionalidad hasta su muerte. No habla de su mujer —Pepi— ni de su dolor, pero no hace falta: es una presencia por ausencia. Ahora ha perdido vista y ya no podrá leer esos gruesos volúmenes de historia de la Iglesia que le vi algún día leer en la oficina. Marian dice que se ha quedado ciego «sin una sola queja».

Domingos del espíritu. Un buen sillón y una tarde de domingo casi definen un reino. Esas tardes hubo que aprender primero a tolerarlas y después a disfrutarlas: de adolescentes las vivíamos con todo el rencor al cielo gris pero es que esa es edad de insatisfacciones crónicas. Hoy, el silencio se ha espesado por la casa y leemos el *table talk* de William Hazlitt: «sobre el placer de pintar», «sobre el vivir para uno mismo», «sobre las desventajas de la superioridad intelectual». Gozos de la literatura con un poco de té, un *telefón* que contesta y el gato que se va volviendo porcelana. ¿Qué santo inventó el leer tumbados? La pereza es una infinitud, lo dijo alguien.

Primavera, I. Julien Green tenía su árbol amigo en un castaño de Trocadéro, allí en París. Creo que el árbol de Jünger era un tilo. Desde hace años, simpatizo con el olmo que está frente a mi casa, tan cortés como para desearme buenos días cada día. Es el mejor reló de las estaciones y en la primavera tiene su momento: su foliación comienza con un verde cremoso que aún deja entrever la perspectiva del cielo de la tarde a través del ramaje. Pronto, ese verde cremoso será un verde vital y las hojas serán tantas que nos perderemos el cielo a su través. Es un árbol perfecto, en su perfecta madurez, como una juventud. Esta es otra primavera, olmo amigo, pero ¿cuántas, cuántas primaveras todavía?

Primavera, II. «No obstante la inusitada luz que bañaba la ciudad, la gente circulaba por las calles con los párpados cosidos.» (Alberto Savinio, *La infancia de Nivasio Dolcemare*.)

Primavera, III. Días de luz más cálida que el aire, presunción de primavera, último vuelo de los abrigos —espléndidos— de lana cachemir. *Studia Anatomica*: pasan unas patinadoras, una mujer esprinta al cruzar la calle. El pilates funciona admirablemente bien. Las mañanas, como en Demis Roussos, son de terciopelo, sobre todo por el barrio del Reti-

ro, cuando no hay mucho que hacer y la vida pasa de modo imperceptible.

Sábado de gloria: reseña en *ABC Cultural*, tras larga espera. Desayuno casi igual de largo con Tochy en un sitio raro —la cafetería del Corte Inglés de Callao. Nada me alegra más que me las prometa muy felices —hace cuánto, ¿dos, tres años?, estábamos pensando en mandar alguna columnita a un regional.

En las cenas con gente, en las mesas redondas, en los seminarios, en los cinefóruns y tertulias, en los almuerzos-conferencia y los desayunos-coloquio, nunca falta el tipo sentado en una esquina, callado, que sonrío en diagonal y que desprecia a los demás porque cree saber tanto más que ellos que ni siquiera va a esforzarse en demostrarlo.

Café con Gonzalo A., que es un periodista muy simpático y muy versado en todas las cosas que nos interesan, del crimen del Jarabo al de Olof Palme. Ríe con ruido —un hombre libre. No fuma y no bebe, quizá porque fumó y bebió. Va siempre con un cuadernito y un Pilot, cosa que puede poner un poco nervioso, pero qué es un periodista sin su bloc. Su padre fue el célebre gobernador civil de Sevilla que llevó a Franco a las Tres Mil Viviendas. Son un montón de hermanos, casi todos interesantes. La primera vez que nos conocimos me dijo que escribía como un viejo y yo le dije que esas son las cosas que se dicen siempre. Pero me ha dado una página semanal de perfiles políticos en *Alba* y le estoy muy agradecido.



Gonzalo me lleva a comer con Andrés R., que estuvo en *Alba* y ahora lleva la editorial del grupo.

Todo mal. Vamos a comer a un sitio de menú donde, a despecho de su traje y corbata, Andrés se come la sopa de cocido como un perro de agua. No hace más que decir, sin mirarme —sin implicarme, ay— que «nos vamos a follar al mercado editorial». Yo intento que no se me note el escepticismo, pero mucho me temo que no lo logro y que no le importa.

El cierre de Balmoral es una derrota con dimensión de catástrofe. Van a poner un Zara aunque también dicen que un aparcamiento. Hoy hemos ido ya por última vez, al mediodía, a fumarnos una Gloria Cubana y a pedir —gloria bendita— una Andaluza.

Al mediodía lo suyo era entrar en Balmoral con gafas tapalíntros y el pelo aún mojado. De noche, alguna vez he terminado muy bebido en un sitio donde, pese a todo, siempre se supo mantener una noción de decoro. Santa paciencia de quienes nos enseñaron a beber y nos prohibieron tomar campari tras la cena. No me cabe duda de que este cierre es la reducción de un hábitat que —como ocurre con los linceos o los leones marinos— pone en peligro a una especie. Nos queda Embassy y sus marqueses airados tras el latigazo de seis cócteles de cava. Tampoco me cabe duda de que van a quedar como las mejores copas —las mejores tardes— de la vida.

JP. A los catorce o quince años es cuando uno comenzaba a descubrir la libertad, y nuestro Madrid se iba convirtiendo en un lugar más ancho y ya no solo las tres o cuatro calles por las que pasábamos para ir a comprar mapas mudos a la papelería. Aquella libertad venía con sus novedades. Tomábamos unas primeras copas tentativas, muy dulces aún. Empezábamos a desarrollar un

cierto esnobismo intelectual. Descubríamos que las chicas, lejos de ser especies distantes en la escala biológica, podían resultar interesantes. Y también pasábamos nuestras primeras tardes en bares o cafeterías para fumar, quejarnos de la vida, celebrarla, compartir confidencias y beber mucho café. A una edad así, uno necesita un amigo para, fingiendo ser adulto, aprender a serlo. Un amigo con el que compartir esos cafés interminables, filosóficos, a esa edad en la que uno puede perder todas las tardes.

Mi gran amigo para los cafés fue JP, y no he empleado el término «filosófico» por casualidad: todavía recuerdo aquel recreo de media mañana en que se acercó, muy azorado, a preguntarme «¿por qué el ser y no la nada?» Estábamos en tercero de BUP, aún llevábamos uniforme, y si Heidegger no había tenido una respuesta concluyente, menos iba a tenerla yo. Pero la pregunta ya daba a entender que JP era, en efecto, un muchacho dado al todo o nada.

Siempre había sido así. Al llegar al colegio de Fomento, con diez años, JP reinaba con la naturalidad de quien era el mejor en matemáticas y el primero en lengua, el más piadoso en el oratorio y el más edificante en la amistad. También era, por supuesto —y esto tenía su importancia— el campeón en fútbol. Siempre erguido, alto, con un continente grave y una cabeza imponente, parecía, cuando rezábamos todos juntos al empezar o terminar el día, una página noble de *Corazón*. Era, físicamente incluso, una roca. Y hasta lo que, muy de lejos, podía tomarse por defecto no dejaba de hacer eco, por así decir, de esta grandeza: demasiado membrudo para el regate en corto, lejos de él —salvo cuando era obligado— las astucias indignas de driblar contrarios o rebañar goles. Lo suyo era permanecer en la posición, de más autoridad y sabiduría, del mediocampista o el defensa central. Custodiando la ciudadela. Dando órdenes. No era solo cuestión de galones: implicaba la seguridad de que, con él ahí, salvo locura y revolución del mundo, no nos iba a pasar nada.

Entiendo que por esa misma solidez JP también ignoraba la

ligereza por la cual no debemos tomárnoslo todo, siempre y cualquier circunstancia, mortalmente en serio. Así, en alguna ocasión podía manifestar una cierta destemplanza ante cualquier contradicción en el orden previsto de las cosas: no era hombre para disimular, y menos aún unos enfados que, en su caso, eran siempre santa cólera. Y ay de aquel que provocara su impaciencia o mereciera su reproche: recuerdo la vez que me regañó por haber elegido ser policías y no ladrones; el disgusto debió de escocerme quince días, pero el problema era menos lo que él te dijera que lo que tú ibas a decirte a ti mismo. A JP uno no le quería defraudar.

Por eso mismo había algo tan dulce o tan satisfactorio en ganarse, poco a poco, con los años, su respeto y su confianza, esa mirada de reconocimiento mutuo por el que dos amigos se consideran iguales. Pero íbamos a tardar en tratarnos con la cercanía, no tan distinta de la exclusividad, con que terminamos por tratarnos al final del BUP. Había, al fin y al cabo, una diferencia entre JP y yo que lo hacía distinto, que lo ponía en una categoría diferente y solo suya. JP había perdido a su padre.

Nunca hablaba de ello. A veces lo decía, sin importar si cortaba a alguien o enfriaba el ambiente: no lo ocultaba, y mucho menos subrayaba que ese era un tema prohibido. Simplemente no hablaba de ello —ni él ni, por supuesto, cualquier otro. No sabíamos cuándo había muerto, ni de qué: si era algo cercano, trágico, si había sido enfermedad o accidente; si lo conoció, si lo recordaba. JP parecía asistir al fenómeno con la misma naturalidad con que esperamos que la ley de la gravedad funcione. Pero en su vida había un sufrimiento original que nos separaba, y del que al menos yo era bien consciente: él había sido el primero en enfrentarse no ya al dolor, sino a la mortalidad.

Es posible que esa diferencia de JP tuviera hondones metafísicos, morales o psicológicos. Pero sin duda tenía manifestaciones más prosaicas. Su madre era una administrativa en un gran hospital y siempre me pasmé de los milagros y economías

que tendría que hacer no ya para sacar adelante a JP y a su hermano menor, sino para hacerlo con tal, digamos, limpieza y dignidad. Porque si bien es cierto que JP nunca estuvo en el percentil alto del pijerío, menos aún le faltaron las excursiones a esquiar, ni las buenas zapatillas, ni los polos de marca quizá no ostentosa pero en cualquier caso respetable, ni unos planchados con los que hoy ni podríamos soñar. Su madre —llegué a conocerla bien— no hubiera aceptado otra cosa. Eran gente seria, de Zaragoza. Su casa era una buena casa mesocrática, limpia como un convento, y tenían alquilado un piso —un «piso»— en la calle de Ardemáns. Todos los veranos la madre me invitaba a comer alguna vez, con alguna llamada ceremoniosa a mi casa, y al ir hacia la terraza pasaba por la penumbra de la zona noble del salón, donde podía adivinarse un retrato grande, de los de antes —de cuando a las fotografías se les llamaba «retratos»—, del padre de JP. Me acuerdo bien: tenía bigote, un aire, ya, ligeramente anticuado. ¿Igual había dejado un buen pellizco, que había que saber administrar? Lo dudo: si no tuvo tiempo de gozar de sus hijos, menos aún tendría de hacer una fortuna. El caso es que todo estaba bien administrado, hasta el entretenimiento de la madre: darse una vuelta con su coche, siempre un Volvo, los sábados y domingos por la mañana. La casa funcionaba como un buen colegio. Pero, cuanto menos se quería hacer notar la falta, más evidente se hacía. No era necesario ni mirar el retrato. Cuanto más seguro y protegido estaba JP, más desnuda sentía una responsabilidad que no era de este mundo. Y cuanto más y mejor cuidaba a JP, más rencor cogía JP a su madre. Las mínimas tensiones —pequeñas frases hirientes, rezongueos— a las que asistí entre ellos, normales sin duda en cualquier casa, hubieran sido verdaderas escenas, creo, sin estar uno presente. Y también creo que estas tensiones —lo que un escritor dramático llamaría «encrucijadas»— le iban a marcar. Pero solo la distancia nos hace saber cuándo nuestros pasos han dejado un camino para seguir otro.

Si toda amistad es una larga conversación, el pretexto para hilarla —una de esas tradiciones particulares que remachan cualquier relación— era nuestra asistencia conjunta a la feria del libro del Retiro. Conjunta, pero poco más: los libros que le interesaban a JP y los que me interesaban a mí coincidían poco, pero no por eso dejábamos de mantenernos la deferencia, siempre algo formal, que se hubieran mantenido, quizá, dos personas más mayores. Luego comíamos, echábamos la tarde juntos. Comenzamos a abrirnos las puertas de nuestras casas. Alguna vez incluso compramos comida y preparamos de cenar. Tras un tonteo con el martini con limón, bebimos nuestros primeros gin-tonics.

En el colegio, en los recreos, también hablábamos mucho, generalmente de lo que acabábamos de oír en clase de filosofía, fuese el nominalismo, el motor inmóvil o el pienso, luego existo. Nos encerrábamos a fumar en los baños, que quizá fueron un lugar inesperado para asistir a la religiosidad fervorosa que le entró a JP allá por los quince años y de la que fui uno de sus prosélitos predilectos. Un auténtico camino de perfección. Pero ya he dicho que JP era hombre de todo o nada. Y sin mucho aviso: me fui un trimestre a Inglaterra y dejé a un santo de altar en Madrid; al cabo de mes y medio, quien me mandaba cartas parecía un anarquista clerófobo. Pero, santo o pecador, éramos amigos.

El santo y el pecador —el todo y la nada— iban a seguir compitiendo durante todo COU, curso en el que él dejó su colegio de siempre para irse a uno mixto. Se le veía más alegre o, como mínimo, más despreocupado —más ligero: con esa risa que, habitualmente, solo dedicaba a su hermano, y para la que su propio hermano parecía vivir. Nos veíamos algo menos. Había novedades en su vida. El rugby. Un viaje no sé si a Cardiff o a Bristol a estudiar inglés. Algún que otro porrito. Quizá por amor a sus viejas lealtades —esa responsabilidad insaciable—, todavía se matriculó en la carrera de Filosofía. Duró un día: una mañana.

Es un incidente del que apenas hablamos: nos veíamos menos, sí, yo tenía mis propios dramas a una edad en la que lo suyo es tenerlos. Pero cuando me informó de su espantá, supe que algo había cambiado o se había roto. JP se echó novia —una chica irreprochable—, se matriculó y desmatriculó de informática y se empezó a vestir en los hippies de Felipe II. El alumno modelo terminó, quién iba a decirlo, por llevar el pelo largo. Es posible que hasta el hachís, al relajarse un poco, le hiciera bien, aunque nada de esto gustaría a su madre: ni la filosofía, ni los pelos, ni los porros. Pero por mucho que tuviera razón ella, y por muy injusto que con ella fuera JP, quizá uno no se hace adulto sin desobedecer. Y hoy pienso que él, simplemente, se hizo adulto antes que yo. Tal vez por eso dejó de llamarme.

Durante mucho tiempo, cada mes de febrero —día 7—, me acordaba de su cumpleaños. Él también parece haberse acordado de mí. El otro día me escribió. Ha cogido el dinero de un despido y se ha ido a Alemania. Su madre está «algo fastidiada de dolores» y de sí mismo dice que «no acabo de encontrar mi sitio en el mundo». «En muchas ocasiones», me escribe, «durante los últimos años me habría gustado contar con tu consejo y opinión, o simplemente compartir una cerveza contigo». A mí también. Es curioso: soy sensible al pasado, pero no echo de menos la edad que teníamos, lo jóvenes que éramos, el California de Goya o el Vip's de O'Donnell. Ni siquiera lamento el tiempo que no vuelve o los tumbos que hemos dado. Solo echo de menos al amigo que perdí.

En Victory. Espero a los Papa Boys de *Alba* fumando un puro. Primavera espléndida: dan ganas de tumbarse en el sillón mientras el puro cuelga del labio. Va llegando el grupo. Momento de estupor cuando Miguel A. le dice a Andrés: «por favor, no digas eso, me es muy desagradable». Andrés había dicho «coño». Kiko M-M. propone formalizar la tertulia todos los jueves y

Gonzalo dice que cómo se nota que es fascista, que en seguida está deseando uniformizar las cosas.

«Todo te da igual», «eres un cínico», «tú eras bueno», «persegues fantasmas», «eres egoísta, no sabes hasta qué punto», «¿qué le dejas a la gente de ti?», «ya fuiste el mejor tú», «todas tus fascinaciones pasan», «si por ti fuera, no hablarías con nadie», «no tuviste infancia», «no te mueves», «ya no tienes veinte años». Y la mejor: «ya es hora de que te dejes de gilipolleces y escribas algo en serio».

Encanto tan sutil de esas chicas que llevan gafas y logran no parecer bibliotecarias. Puede ser incluso que estén haciendo una tesis doctoral sobre paremiología en el cine, pero la belleza tiene la virtud de camuflarlo todo. Ojos que se han de comer la tierra y que sin embargo lucen tan hermosos todavía entre una montura de marca y la caída tan grácil del flequillo. Casi todas las que llevan gafas son entrerrubias y ahora —gracias a Dios— se vuelven a llevar las maxigafas, como un orgullo miope.

Antes o después tendrá su placa el punto en que Tamara Falcó estrelló su coche pero es que conducir con tacones es difícil. Con más de veinticinco y menos de treinta, Tamara es de esa generación que no cogió la Transición y pasó sin móvil los años más eruptivos de la adolescencia. En realidad es una generación que destaca porque las niñas se empezaron a llamar Tamara. Ha ido creciendo con nosotros, hemos ido sabiendo de su vida por las páginas del *Hola*: tanto divorcio y tanto internado nos llevaban a pensar en ella como la rica infeliz, siempre entrando o saliendo de algún coche. Al final ha salido feliz aunque algo boba. Es una combinación ideal para la vida, aunque la fascinante siempre fue Chabeli.

La madre de Gonzalo me regala una botella de whisky —muy historiada, con forma de perdiz escocesa— de la botillería de Balmoral. Se une al taburete que me llevé —tienen otro en el Cock— y sobre el que, me gusta fantasear, en sus tiempos haría algún avance amoroso Luis Alberto de Cuenca. Madrid azul y barriosalmantino, Madrid de Loden y whis-cola falangista, Madrid del *Romanticismo* de Longares, aunque en Balmoral siempre hubo lugar pacífico para la cuota *progre*.

A veces me he preguntado cuál es el momento más feliz de mi vida, y nunca tengo dudas, quizá porque entonces era consciente de él. 19 de junio de 1991. Tenía diez años. Debía de ser un viernes. Viernes o no, acababa de terminar el colegio —y lo había terminado con muy buenas notas tras el esfuerzo de un cambio de colegio, lo que imagino me hacía sentir moralmente muy retribuido. Había venido de Valencia mi tío Jesús y fuimos, con mi madre, a dar un paseo por el Retiro: es cuando más bonito está en el año. Me acuerdo —pobrecillos— de que les conté no sé si la guerra del Peloponeso o las guerras púnicas, que las tenía muy frescas y me fascinaban. En el Paseo de Coches, la familia, el halago del clima, un helado de limón —acababan de empezar a hacer helado de limón blanco—, la satisfacción del trabajo hecho y una edad sin penas ni deseos ni preocupación por el futuro. Sí, el día que recuerdo más feliz.

Han sido tantos meses de decir que no y hacer pilates que su llegada a la piscina de la «urba» solo podría disimularse si se pudiera disimular un terremoto. Hay mil maneras de recogerse el pelo por casualidad y ella supo encontrar la más hiriente. Avanza hacia la sombrilla como quien toma el poder, y hay ahí tantas adolescencias detenidas, tantos padres de familia que —de pronto— recuerdan. Todo el mundo aprende lo que va del



pareo al contoneo, incluso la vecina que le detecta celulitis. El movimiento culmina en apogeo. Las gafas de sol le sirven aún como misterio, mientras se suelta el pelo y asistimos a una publicidad nueva o a una mitología antigua. Media piscina que-rría invitarle a una coca-cola mientras ella se aplica loción Piz Buin, resistente al agua y los moscones.

El pensamiento del zaguán: esas cosas estupendas que se nos ocurren por la calle y que desaparecen nada más entrar por la puerta de casa.

Sus manos parecían solo hechas para el gesto gracioso de parar un taxi, para desenfundar un guante, para tantear los muebles en caso de desmayo o derramar, dramáticamente, una copa de champán sobre la alfombra.

Medianoche en punto. Salgo al patio a leer, recién llegado a la finca. Brisa que todo lo absuelve y luna a la altura de los poetas. En circunstancias así, parece inevitable servirse un dedo de whisky. Me he traído a mi hermana y a mis dos sobrinos, en general adorables, en ocasiones insoportables. A cien kilómetros hemos decidido —raptó de inspiración— no doblar para casa sino seguir directamente a Portugal. Las siete era una hora tonta e ideal para que los niños se dieran un baño —hay una piscina natural— y yo un paseo. Bullicio veraniego, de un costumbrismo impecable, eterno retorno de todos los agostos con las mismas bañistas, los mismos muchachos que se pelean por el trampolín y las mismas abuelas con *tupperwares* de sandía. Sopeso el panorama y —finalmente— me voy al restaurante a escudriñar la carta de los vinos. Para meditar, me enciendo un puro: ante los ojos están los mismos álamos —árboles altos

y sublimes— que veía cuando mis padres me mandaban a estudiar portugués. Por entonces era adolescente y pasé muchas tardes intentando describirlos, intentando decir esa incidencia de la luz en las hojas cada vez que el viento pasa y los despeina. Ahora tal vez me centre más en la carta de vinos. P. se viene a cenar porque no hemos cenado nunca juntos y eso que hace mil años que somos amigos. También vamos al mismo restaurante desde hace mil años: sardinas, almejas, bacalao, un trazo generoso del aceite, con un deje picante, de la zona. El eterno retorno de agosto tiene sus propinas. Ahora, de vuelta a casa, me dispongo a leer entre el recital nocturno de los grillos y las ranas, lejos de Madrid y las preocupaciones de una corte donde —como dijo un moralista— el corazón solo puede encallecerse o romperse. No se me ocurre mejor programa de actividades que mirar las aves del cielo y los lirios del campo.

Era tan joven que era muy delgado y podía ponerme esos pantalones de montar que —por así decir— no saben guardar ningún secreto. Estaba en Portugal. Mi familia me había mandado a pasar un mes allí, con un plan lectivo que incluía jugar al golf por la mañana y montar a caballo por la tarde. Mientras tanto, aprendía portugués: en realidad, solo era un jovencito —otro más— con dolencia estética que buscaba una salvación a su siglo en esa elegancia portuguesa de casas encaladas, azulejería antigua, costumbres populares pero no plebeyas, silencio, empedrado y tradición. Portugal era la veneración por el pasado hasta su perpetuación, el olor de la cocina familiar y ese otro olor —irresistible— de la cera sobre los muebles viejos. No olvidemos el deporte nacional de mirar por la ventana.

No me era un país extraño: en Extremadura no lo es, y cada verano, cuando íbamos a pescar, cruzábamos el río desde la finca de mi padre para ir a mear a la orilla portuguesa. Era una *boutade*: ya desde niños, el amor por Portugal parecía una

vieja costumbre. Muchas tardes de agosto subíamos a Castelo de Vide, a Marvão, a Portalegre: es una zona más húmeda, y las mujeres siempre decían que había que llevarse una chaqueta porque «a la noche refresca». Cenábamos —ha durado décadas— en el mismo lugar. Y si en los pueblos llamaban a la sardinada o asaban pollos, la terraza del Sever era una escuela de contemplación para el farol amarillo de la calle y la tertulia inmóvil de los gatos. Portugal era un destino manifiesto para todos aquellos que amamos la hiedra con la piedra.

Allí iba a celebrar tres cumpleaños —«*parabéns a você, nesta data querida*»—, sumergido en el cilantro de la edad de la exploración, y afecto a esa repostería de contundencia tan dulce, cuyas recetas suelen comenzar: «para cuatro personas, coja cuatro docenas de huevos...». Años después, nada me gustaría más que saber de la popularidad de las ciruelas de Elvas en el eje de Oxbridge, pero tanta gravitación y tanta presencia del pasado como ofrecía Portugal eran la mejor coartada para desdeñar el mundo. A lo largo del tiempo, he escuchado a gente que dice que en Portugal se siente como en casa: a mí, en cambio, lo que me gustaba era dejar atrás la raya —la frontera— y ver que cambiaban hasta las verduras de las huertas. Por supuesto, el orgullo de amar, el amor a un objeto que nos devuelve nuestro reflejo mejorado, no deja de ser una pasión de la inmadurez.

Portugal satisfacía todas las exigencias en materia de melancolía heroica. Hay juventudes así, y uno podía envenenarse fácilmente de literatura portuguesa: tan cercana y tan lejana, cabía memorizar los versos de alegría heroica de Camoens o beber el vino blanco y marino de Bucelas con los personajes de Eça de Queirós. Soñaba entonces con vivir en una de esas quintas ruinosas, de belleza superior al mundo, que suelen habitar inglesas o alemanas medio locas con afición al aguardiente y la acuarela. Esas quintas están ya despintadas pero mantienen la gracia de un tejadillo de recuerdo asiático, ventanas de madera y no de pvc, una imagen de San Antonio bendito. Portugal

era el amor que no se dice porque dice mucho de nosotros, un guion de belleza practicable para la vida, una belleza que no estaba hecha de idealismo y absoluto sino de postigos con macetas y mármol solo pulido por el tiempo. Para otros las bellezas evidentes, las casas del canon de las revistas, los paisajes dramáticos: en Portugal importaba más la gracia que la belleza, o al menos se redimía la belleza con la humildad y con el secreto como timbre del honor. Allí atraía ir a tomar café como quien se encoge de hombros y ver la caída de la tarde con el propósito de no sacar ninguna conclusión: lluvia en el campo, *nevoeiro*, zapatos embarrados y hojas muertas para resguardarse el alma en el otoño. En cualquier caso, no fingir ser portugués —nunca un español ha podido hacerlo— sino vivir, a lo sumo, como los ingleses en la India.

En esa quinta me hubiese entregado a una dieta de silencio y de verduras y me hubiese dedicado a cualquier erudición no convencional: a mantener correspondencia con coleccionistas de rosas, por ejemplo. Como tantos letraheridos de hoy, uno quizá confundía lo pequeño y lo exquisito, pero había algo significativo en que la hermosura portuguesa se dijera siempre en voz muy baja: ajeno a la aprehensión del carácter nacional, cabía amar las materialidades del día a día, de las tazas de café —incluso para el aperitivo— a esa cena multiseccular de bacalao con judías verdes y patatas. Al fin y al cabo, como país, Portugal permitía decirlo todo en miniatura: la casita, la placita. Permitía incluso fumar los cigarrillos mejor nombrados de la tierra —Português Suave.

En aquel verano de hace años, recuerdo que cada tarde podía escuchar el diálogo de cumbre a cumbre de una ermita y dos castillos, al tiempo que hacía el Pla con un anciano de la quinta que había sido en tiempos contrabandista de café. Me pasmaba que la gente de la zona no tuviera más pasiones que las pasiones reales de antaño por la caza y los caballos. Luego, el golf cerraría por una escandalera económica causada por uno de los

últimos gobernadores de Macao, y hoy uno puede subirse a un monte y ver las ovejas pastando por el *green*, como un Poussin pasado por el siglo XXI. Esa es otra belleza que pervive, aunque el amor a Portugal se ha resentido del marketing masivo de la melancolía de Lisboa y de tantas poetisas que aturdieron el silencio sin costuras de sus barrios. Por supuesto, esas cosas son de poco peso cuando uno ve una fuente alegórica del descubrimiento de la Guinea, o cuando alzamos los ojos para comprobar que, de todas las calles de este mundo, estamos en la Rua da Misericórdia.

¿Qué habrá sido del *senhor* Domingos? Era un portugués pensado por Wodehouse. Llevaba el club de golf a una edad en la que se está, efectivamente, solo para jugar al golf. Lucía una cabeza canosa de gran importancia y ornato y, ante todo, unos pantalones de cuadros que en cualquier otro hubieran sido ridículos, pero que en él ayudaban a redondear al personaje. Como en el club nunca había nadie, él mismo cogía el carrito de golf para recoger las bolas mientras yo me esforzaba, desde el campo de prácticas, en dotar a mi *swing* de una dignidad inalcanzable. El carro del *senhor* Domingos no tenía rejilla protectora, por lo que le oía gritarme «Ó, *Inácio!*» «Ó, *Inácio!*» cada vez que la bola le pasaba cerca, lo cual, pese a mis desvelos, era más o menos a cada minuto. El efecto era cómico: el hombre, claro, estaba asustado de verdad. Siempre pensé que era cosa del destino que le rompiera la cabeza al *senhor* Domingos, pero —gracias al cielo— no fue así, y de este modo él pudo todavía lucir unos cuantos años flequillo adintelado en todas las comidas y cenas de la comarca, a donde, como un personaje de Wodehouse, iba sin muchas ganas pero sin por un solo momento plantearse no ir o ponerse otros pantalones.

Lo mejor del campo, sí, es la soledad, pero no una soledad grandilocuente, de poeta romántico; ni una soledad de encuentro místico, como un monje cartujo. Ojalá pudiera alcanzar tan altas soledades. A cambio, me conformo con una que me gusta: esa soledad mínima de no ver a nadie, de que a uno le dejen en paz: que a uno le dejen en paz es el paraíso en tierra. Esa soledad ya me va bien. Ojo, no es una soledad misantrópica. No es la soledad en la que se refugia el despechado: al contrario, es el reconocimiento de que el mundo nos ha ganado, y con razón. Es un adiestramiento en el silencio y, en los mejores días, un dulce olvido. ¿Soledad sonora? Soledad lectora, por lo menos.

Ahora ya no viajo nada. No es por compensar que en la adolescencia viajé bastante: es tan común viajar que lo meritorio o lo raro sería no haberlo hecho. Cuando a un amigo le pregunté por el Canal de Panamá, lugar que desde siempre me ha atraído, me dijo: «es como ir al Vip's». La atrofia de la experiencia. Ver un día amanecer es una bendición, verlo siempre es un asco. En realidad, si no viajo, más allá de la comodidad, más allá del elogio a la vida rutinaria que uno lleva, es por haberle cogido manía al propio viaje. Por un motivo muy concreto: no conozco a nadie que vaya de viajero que no sea un perfecto melón. Desde que se extendió el rumor de que viajar culturiza, todo el mundo se aprestó a cambiar los libros por los vuelos de Easyjet. En consecuencia, hemos criado ya un par de generaciones de necios oreados. Ahí cabe la *progre* —o la católica *guayer*— que siente haberse encontrado con la vida limpiando mocos a los niños de Vietnam, cosa que está por ver, o paseando por chabolas de Ciudad de México como quien va sorteando violadores. Su versión masculina es aún peor. Después están esas parejas *ñoñis* que van a «la vieja Europa» en busca del síndrome de Stendhal: más que nada, a hacerse fotos bebiendo cafés caros en lugares desertados por los locales hace décadas, y donde los

camareros están especializados en humillar al cliente. Pero ya digo: queda bien en las fotos, como una huida a la belleza desde la clase media, mientras ella pone ojitos melancólicos mirando lo que sea (el Arno, el puente Carlos, el parlamento húngaro) y él está deseando volver a su NH a ver si mete. Especialmente antipáticos son los viejucos con dinero —él traumatólogo, ella no se sabe bien qué, quizá ATS retirada— que pontifican sobre lo que se debe y no se debe hacer en todo lo que va de Yemen a Sudáfrica. Es un conocimiento que desalienta: por mucho que lo intentes, ya sabes que nunca jamás vas a tener el encuentro, ¡la comunión!, con el asado argentino que tuvieron ellos en plena Pampa. Cuentan su viaje a Egipto como si Tutankamón en persona se hubiera levantado para enseñarles la pirámide. Luego son los mismos que vienen de China con análisis geopolíticos de hondura, «se van a comer el mundo», o reflexiones emanadas de años de estudio sobre una cultura milenaria, «son todos unos guarros».

Así las cosas, cada vez amo más al turista que solo quiere huir de Mánchester o Eindhoven y beber cerveza barata en cualquier país con sol y pasado autoritario: en el Mediterráneo hay muchos donde elegir y todos son muy parecidos. Mucho mejor que la experiencia le atrofie a uno. Por otra parte, es detestable ese ciudadano internacional —que no cosmopolita— para quien todo vale lo mismo y entra en la picada: *lovely Spain*, y qué interesante también la Chapada Diamantina y me fascinó el Nepal; ahora quiero ir a Rapa-Nui, «colecciono países». Estos son heraldos del mundo que viene y todavía se ven pocos por aquí. Su vida es como una cocina de fusión sin darse cuenta, primera hornada, ellos sí, de paisanaje globalizado. Son holandeses, taiwaneses, bálticos, ingleses —en realidad no son de ninguna parte porque no tienen ningún sitio al que volver. Entiendo que decir esto es de cascarrabias reaccionario, y no me importa que no me crean si digo que no lo soy, pero mi abuelo, que salió de Ávila lo justo, y entre otros motivos por

una guerra, podía haber sentado a su mesa a Michel de Montaigne o a la reina de Inglaterra con gran aprovechamiento para todos e «intercambio cultural» verdadero. No creo que sea un argumento nacionalista decir que los hombres y los chorizos tenemos que saber de dónde venimos.

Asentados ya los argumentos del ogro, hay, naturalmente, una frivolidad —un placer, una dulzura, un algo irresistible que tienen los viajes. Yo creo que esa de la frivolidad es la gran razón que los fundamenta. Luego, si uno aprende algo o come bien o cae en un café con encanto, tanto mejor. Por desgracia, para esos viajes hay que tener algo que yo no tengo: dinero. De modo que mis viajes de juventud eran todos para aprender idiomas.

Ahora que no tengo más exotismo que elegir entre Cedillo y Herrera de Alcántara; ahora que tengo que canjear los daiquiris de mi imaginación por el *sol y sombra* de Venta Robledo o el carajillo del Hogar del Pensionista, el corazón se me va a viajes del pasado: no cuando era feliz, porque la adolescencia es una edad de infelicidades agudas, sino cuando al menos todavía creemos que la vida va a salir bien.

En el verano de 1996 hubo incredulidad en mi casa cuando anuncié que quería irme a Suecia con unos muchachos alemanes a montar en bici y hacer piragüismo —o remo, o como se llame ese infierno de deporte— allá en los lagos de Escandinavia. Yo ya era para entonces hombre de culo prudente en lo que respecta al ejercicio y, aunque de muchacho había montado mucho en bici, haría ya un par de años o más que la había cambiado por el tabaco. En cuanto al remo, toda mi experiencia deportiva se limitaba a cinco minutos en el estanque del Retiro, donde pude comprobar que remar cansa, antes de dejar que otro compañero de clase se amarrara al duro banco. La idea, claro, era aprender alemán con el grupo de muchachos alemanes, o así lo



vendí en casa, y el resto, fuese piragüismo o filatelia, era lo de menos. Había sacado unas notas espléndidas y no me lo negaron. Por mi parte, para justificar por qué di allí —en el remo, en el ciclismo— solo puedo argüir que debió de ser una de esas cosas tan estúpidas y disparatadas que nos cuesta decirles que no. Y allí me fui.

Decía Nietzsche aquello de que, si uno tiene un por qué, es capaz de soportar cualquier cómo. Y no negaré que he tenido una vida blanda y ociosa: el ser humano es capaz de soportar hambre, necesidad y privaciones por la crueldad de la vida, la dignidad de un ideal o el heroísmo de una misión. Pero pasarlo mal por banalidad y deporte es, en efecto, un disparate o una estupidez.

Al igual que en las películas de miedo, donde un grupo de excursionistas entran en una casa en el bosque y todo son risas y alegría, el primer día —y, antes, la primera noche— había sido una maravilla. Desde el norte de Alemania cogimos ese crucero que lleva hasta el sur de Suecia y que, sin tributación para el alcohol y el tabaco, es un verdadero «barco ebrio». Pasé la noche en vela, acodado a la baranda del barco, medio solo, tras preguntarme cuántas noches iba a pasar así, en el Báltico: la pose romántica fallaba porque, naturalmente, todo estaba a oscuras y no se veía nada. En Malmö pasamos una jornada entera: parece ser que es un parque temático socialdemócrata, pero yo lo recuerdo como un paraíso a secas. Dormimos en el salón parroquial de una de las iglesias católicas de allí: en las paredes, me llamó la atención una cartulina que ponía «Gaudete in Domino semper. Gaudete», importante mensaje de aliento para no desesperar ante lo que me esperaba. Rubios, sonrientes y con una masa muscular que tensaba la camisa del clergyman, los curas suecos parecían todos Björn Borg en ropa talar.

Con nosotros, en cambio, iba un cura catalán, don Ignacio de nombre, bastante cenizo. Tal vez fuese de macerar tanto en Alemania, pero creo que no sonrió ni una vez el hombre en todo el

viaje. Le puedo entender: antes que hacer el cabra por el sur de Suecia con un grupo de adolescentes quizá resulte más tentador ir a evangelizar a los zulús, aun a riesgo de que te empalen. El resto del Estado Mayor estaba compuesto por Andreas, un tipo muy parado, alemán, alto, con pinta de poeta suicida o monje loco; Thomas, el mayor de todos, ciento veinte kilos de alemán, que gritaba y reía como esos militares que pasan revista en las películas americanas; un colombiano ya germanizado, inofensivo y dulce, a quien llamábamos Hardi, y otro muchacho, algo mayor que nosotros, todo pureza y romanticismo, todo gafitas y barba, que por las noches nos hacía cantar canciones junto al fuego: podía haber sido el pesado de la guitarra, pero era un hombre sensible, acogedor. Stefan se llamaba. Eso sí, nunca me he podido quitar de la cabeza sus canciones, que han permanecido conmigo como una mancha original —*Johnny Walker, jetzt bist du wieder da; Über den Wolken, Neun-und-neunzig Luftballons*, y la mejor, una de borrachos en dialecto de Colonia, *Drink doch eine met*, que alguna vez he llegado a buscar en YouTube.

Nuestro propósito era cubrir en bicicleta, por trochas y veredas, por bosques siempre cercanos al mar, la distancia entre Malmö y Gotemburgo; entre medias, íbamos a pasar unos días en unos lagos, para cambiar el ejercicio de piernas por el de brazos, las bicicletas por las piraguas y el tedio de la carretera por el espanto del agua. Por aquel entonces los móviles tenían el tamaño de un adosado y solo los usaban los malos de las películas; internet seguramente existía, pero solo en el Pentágono —en definitiva, nos íbamos quince días a perdernos en la nada.

Nos hizo muy bueno y, en pleno verano, los días del norte se alargaban y se alargaban hasta ser un solo hilo de luz rubia: con sus Volvos a cuarenta kilómetros por hora y con el perfecto inglés de la población aborigen, solo el constante olor a guano descalificaba a la costa sueca de la categoría de idílica. Madrugábamos mucho y el día se nos iba en llegar al punto de destino

que Andreas y el Estado Mayor habían fijado —y del cual yo no tenía la menor idea. Por la mañana y a media tarde había un parón. Pero los momentos más deseados del día, siempre capaces de mortificar nuestro deseo hasta el extremo, eran las comidas. No quisiera difamar al tiempo, pero solo recuerdo haber comido muesli con leche, con un poco de azúcar para pasarlo y un poco de mermelada de fresa para engordarlo. La jodía avena, comprada en bolsas que parecían sacos de ACNUR, sabía a delicia y ambrosía. Quiero pensar que habría algo más, pero también estoy seguro de que hoy detendrían a unos adultos que trataran así a unos muchachos. Por supuesto, todo lo de andar por el bosque y marchar por los montes y cantar canciones todos juntos es algo intrínseco al alma alemana —uniformas a la muchachada y ya tienes una mística nacionalista.

En lo que respecta a la bicicleta, con vergüenza retrospectiva debo decir que no dejé muy alto el pabellón de mi país: siempre iba el último. No a veces, no en competencia con otro manta: siempre. Además de eso, y por motivos que solo puedo explicar con el recurso al ensañamiento divino, pinché más que nadie. El efecto global, por tanto, era cómico, hasta que un gigante mantecoso, de nombre Sebastian, que iba para carpintero, me abroncó por pinchar tanto, y la misma Providencia que colocaba dos pinchazos en mi camino cada día, dejó de colocármelos.

No por ello paró el hecho fundacional: el sol sale y se pone y el español siempre va el último. Cada día arrancaba el pedaleo con la ilusión de, bueno, si no quedaba otro remedio, cerrar el grupo, pero con alguna honrilla. De inmediato, sin embargo, se abría un trecho entre la *tête de la course*, que era todo el pelotón, y este indigno paisano de Perico Delgado: un trecho que quizá no fuera amplísimo, pero, como el foso de un castillo mágico, era infranqueable.

Si mis hazañas deportivas no me hicieron el héroe del grupo, otros dos datos contribuyeron a subrayar mi marginalidad: yo no era muy simpático ni hablaba un gran alemán; ellos ha-

blaban un alemán perfecto y, desde luego, tampoco eran muy simpáticos. A la vez, como suele suceder en estos casos, no recuerdo haber tenido ningún padecimiento más allá del propio deporte: a un adolescente le puedes dar duro, pero cada mañana se despertará, todavía, con unas ingenuas ganas de vivir. Fumaba cigarrillos de liar. Creo que era el único. Y en varias ocasiones nos despertamos en lugares en los que uno dudaba si había habido interrupción con el sueño: arena y rocas junto al mar, una cabaña en la orilla, la playa de un lago en soledad. Lo malo es que luego había que abandonar el arrobo lírico y ducharse en el propio lago: el higienismo alemán, en nuestra excursión, nunca estuvo a la altura. En una ocasión, embobado de belleza ante un paisaje de mar de amanecida, hubo una cosa que me despertó violentamente del síndrome de Stendhal: el pedo estruendoso de uno de mis compañeros de tienda, capaz de asustar a todos los renos de allí a Uppsala.

Para llegar a Goteborg, Gotemburgo según el maravilloso exónimo castellano, aún nos quedaban desde entonces unos días más de bicicleta y, como estación penitencial, el par de jornadas de remo en los lagos.

El paisaje, sí, era hermoso. Grandes masas de agua. Una superficie inmóvil pero no inquietante. Soledad. Vastedad. Coníferas. A la vez, estar remando —estar sufriendo— en tales parajes del paraíso era como, qué sé yo, tener que desasirte de los brazos de la mujer de tu vida porque, de modo súbito e irremediable, te estás haciendo caca. Algún componente del Estado Mayor, dotado de cierto don de prudencia, previno que mi acompañante en la piragua fuese Thomas: con razón, pensaron que si no era un as del ciclismo, tampoco iba a ser un hacha en remo, y Thomas era el perfecto acompañante —muchacho encantador, deportista vigoroso, chico sano y sonriente. Un plomo. Yo ya me conocía de algún verano en Austria el asunto de los lagos, preciosos, románticos —¡puro ensueño!— desde lejos y, desde cerca, un infierno de bichos, suciedad y barro. Al remo

no me hacía falta ni conocerlo: una vez, en Irlanda, con doce o trece años, poco después de mi iniciación desdichada en las aguas bravas del estanque del Retiro, hui de la excursión comunal con tal de no subirme a una jodía piragua. Si completamos aquel viaje alemán, en definitiva, fue por Thomas, que entre sus perfecciones tenía la de ser un extraordinario remero. Eso sí, el cabrito no me dejaba confiarme. Cada vez que el ácido láctico me mordía los músculos me llegaba su voz desde atrás: «Ignacio, *nicht einschlafen!*», «Ignacio, ¡no te duermas!».

Después de estas asperezas, hasta Albacete podría haberme parecido una maravilla: no diré Gotemburgo. Ya avanzado el verano, los suecos lanudos y sonrientes tomaban café en las terrazas, hijos confiados de una civilización ya atea pero aún nutrida de la ética luterana, con iglesias con obispas donde la gente solo va a casarse o a morir, pensiones estupendas y empastes gratuitos. Por mi parte, nunca pude tener queja de ellos: a un sueco le debo, en ese viaje, una de las cosas más hermosas que me ha ocurrido.

Ocurrió al principio del principio. Salíamos de la pensión en Malmö, una calle ancha que daba a una plaza, todos con nuestras bicicletas, para inaugurar la primera jornada. Era una mañana de sol e incluso a mí me apetecía montar. Por algún motivo, sin embargo, quizá por extrañar una bicicleta ajena —o, para qué negarlo, porque era un manta—, no habíamos llegado a la plaza que ya se me había salido la cadena. Me bajé un segundo a colocarla: cuando me volví a montar, ya los había perdido de vista. No estaban en ninguna parte. Algunos coches, algunos viandantes a lo lejos: de pronto me vino esa sensación de absurdo que tiene la normalidad cuando ha pasado algo que la altera.

Me volví a la pensión, donde, al conocer mi caso, me dedicaron una sonrisa triste: quién sabe si una manera suave de decir *fuck you* y desentenderse. Ni Andreas y los alemanes tenían móvil —obvio— ni lo tenía yo. Un poco instintivamente, me dirigí en-

tonces al único lugar que, junto a la pensión, conocía en la ciudad: la parroquia católica, que por su arquitectura —una especie de casco de barco vikingo— me había gustado mucho, y que era lo más parecido a «casa» que podía encontrar en toda Escania. Me quedé junto a ella, sin saber bien qué hacer: pensé que volverían a por mí, antes o después. Y si me daba rabia haber causado tal problema, me daba pena pensar en España y en lo poco que a mis padres, ignorantes de todo, les gustaría verme así...

Montado en la bici, con un pie sobre la acera, paré a reflexionar: si ellos no volvían, tendría que ir yo al pueblo —Halljarp— en cuestión donde teníamos que hacer meta, y allí rezar por encontrarlos... En la parroquia no había un alma. Cuando iba a volver a moverme para buscar algún puesto turístico donde me pudieran dar un mapa, un señor rubio, no muy alto, se dirigió a mí. Estaba haciendo footing. No recuerdo qué me dijo. Pero sabía perfectamente, sin necesidad de decirle nada, que estaba perdido.

Ahora admiro su clarividencia práctica, ese saber en cada momento, sin alarmas ni prisas, qué hacer. Fue él quien me acompañó a un puesto turístico que había junto al puerto o similar, lo que de paso sirvió para reportar mi caso a las autoridades. Él me señaló el recorrido que debía hacer y, viendo mi estado de necesidad, o mi agradecimiento, se ofreció a acompañarme un trecho: total, me dijo, él iba corriendo ya.

Yo estaba convencido de que ese señor era mi ángel de la guarda, pero no: me contó que era cardiólogo allí en un hospital en Malmö, creo que el jefe del servicio —nunca he bendecido tanto una actividad cardiosaludable como el hecho de que este hombre saliera a correr. No sé cómo, me dijo que admiraba mucho a Juan Pablo II por su posición sobre la donación de órganos: además de cardiólogo, era muy diplomático. En un momento dado entró en una tienda y me compró un par de barritas de muesli, una botella de agua y un plátano —«Para el camino», me dijo. Yo los guardé como oro en paño.

Anduvimos juntos un rato largo. Cuando me dejó, le dije que cómo podía agradecerse. Me dijo que él, de joven, también había ido por Europa y también había recibido la ayuda de desconocidos —que no me olvidara de hacerlo yo. Se fue, elegante y sudoroso, dejándome enfilado por la carretera.

Esta resultó ser muy bonita: tras el sentimiento de desamparo, me sentí eufórico por pedalear libre en la mañana luminosa, en un camino poblado aún aquí y allá, en esa bendición civilizada que es Suecia, quizá el mejor lugar donde uno puede perderse con quince años. En un momento dado, me acerqué a un párroco y su mujer, que estaban trabajando en el cementerio junto a una iglesia, solo por el placer de dirigirme a otros seres humanos, que confirmaron que iba bien.

Al llegar me encontré a mi grupo de alemanes en la plaza del pueblo. Acababan de llegar ellos también. Solo al verme se dieron cuenta de que me habían perdido.

«Estoy convencida de que la mayor parte de nuestros males nos vienen de tener el culo pegado a la silla», afirma, siempre desenvuelta, Madame de Sévigné. Según Pascal, la infelicidad de los hombres nos viene de no saber quedarnos quietos en un cuarto. Como solución intermedia, André Gide escribía de pie.

Media vida repitiéndome por dentro el verso de Leopardi, «ya igual que hoy el corazón me ardía», en la sin igual traducción de Rosillo. Es el final de *La tarde del día de fiesta*. Hoy lo releo y me pasma encontrar que es «ya igual que hoy el corazón me hería».

Extremadura no es un destino popular de vacaciones en verano y justamente por eso es por lo que vengo. Mis hermanas se reparten los apartamentos de Marbella, creo que siempre con un

punto de drama al que me da mucho gusto permanecer ajeno. Yo esos apartamentos solo los he visto en fotos, aunque la zona me gusta: el clima, el pescado, los malagueños —todo está muy bien; parece hecho para ofender lo menos posible, y en tiempos debió de ser de los lugares más dulces de la tierra. Esos horrores ciertos del verano —las pizzerías de paseo marítimo, los adolescentes sueltos, los gritos de reyerta que acompañan cualquier reunión social española— allí se ven minimizados todavía. Aun así, existen. Y por eso no voy. Tiendo a vivir como si el verano fuese algo de lo que hay que huir. A decir verdad, tampoco fui nunca el rey de la piscina: a saber si mi aborrecimiento no vendrá de ahí. Todo en esta vida es personal.

Aun así, pienso que, de tener un país con veranos razonables, como Alemania o Inglaterra, una cosa que en la primera semana de agosto ya está tramitada y en seguida hay que ponerse el jersey y meter las sillas porque ha empezado a llover, todavía mantendría la ilusión, el mito del verano. Pero los españoles amamos —¡aman!— el verano así: lo que llamamos buen tiempo es un calor insoportable, un cielo al rojo blanco, que ciega y desalienta. Y eso todavía podría sobrellevarse: nacido en Madrid, el calor no me asusta en exceso. Pero donde alcanzamos el paroxismo es en la suma de calor y gentío: ahí se reúnen los ritualismos gregarizantes de nuestra vida social con la convicción, que ni un verano junto al Guadalquivir derretiría, de que tenemos un clima extraordinario. La idea que tiene un español medio del paraíso debe de parecerse a un merendero.

Entiendo que aborrecer del calor y del gentío no es original —o que puede ser de señoritingo. ¡Quién va a admitir que le gusta el sudor ajeno! Por eso yo nunca digo nada. ¿Que te vas a Sotogrande? ¡Qué bien! ¿A Menorca, a Gandía, a la Región de Murcia? Perfecto. Yo no digo nada —yo me limito a huir. Me recojo en Extremadura, donde hay muchos rebaños de ovejas, pero hay poca gente. Y donde hace calor, pero no mucho más que en otros sitios.



Sin duda, costaría millones de euros en una agencia de comunicación, y con fruto dudoso, convencer de que Extremadura no es como la parte más churruscada del Sahara. Un 25 de julio a las tres de la tarde, lo doy por sentado, aquello no es Wellington, Nueva Zelanda. Pero al margen del argumento defensivo que diría que hay muchas Extremaduras dentro de Extremadura, la parte adhesionada —que es a la que voy— es singularmente sensible a la gracia de las estaciones. La primavera, breve y poderosa como un sonrojo, tiene justa fama: deja unos días de transparencia perfecta en el cielo y de manso pintoresquismo en la tierra. Todo es un escándalo de flores. Las vacas se pierden en la hierba y allá lejos, tras una mata, creeríamos ver el culo de una dríada que acaba de esconderse. El otoño tiene alguna tarde tranquila y clara, aunque prefiero —más común invierno adentro— la visita de la niebla por la mañana, cuando los troncos de las encinas dejan de verse para insinuarse y el campo es de una elegancia que pide *tweed*. A veces se levanta la nube y entonces quedan el rocío y el resol para dar a todo una luz nueva —una luz mejor. Es una felicidad, aunque breve.

El verano, que es la estación suave y amable en todas partes, aquí, por comparación, resulta duro. La tierra se desnuda, aflora el suelo pobre, arcilla y barro, apenas con un bozo de pasto dorado si el año fue bueno. Todo pasa el día dormitando. Escenas del verano: el perro que recoge los rebaños, ver Venus —«la estrella de la tarde»— asomarse, salir de pesca, ese clima propio que tienen las sombras de las encinas, el olor del jazmín cuando se abre de noche. Pese a la dureza, a la estación no le faltan sus amenidades. Y de niño esos días infinitos son días de libertad casi salvaje: los niños son criaturas del verano, España es país niño y nuestros veranos, en definitiva, algo de una seriedad total.

Si durante mucho tiempo fue, al menos en España, signo de paletería, hoy no sé cómo no nos precipitamos todos a vivir al campo, ahora que hay agua caliente, TV vía satélite e insectici-

da para los bichos. Incluso llega Amazon. Cada vez que vengo aquí, me pregunto si, como Marta, la del Evangelio, no habré escogido la peor parte: la vida de Madrid frente a la vida de Fray Luis que, sin excesivos idealismos, puede llevarse en (qué hermosa y veraz suena aquí la expresión) estos lares.

Imagino que de no gustarme el leer y escribir, que es como una vocación añadida al propio oficio, me iría de vacaciones a ver los corales del Mar Rojo o así. Lamentablemente, en la vida todo son elecciones —y si todo son elecciones, casi todo, en consecuencia, son renunciadas. Si quieres leer, no puedes cazar. Si quieres escribir, no puedes pasear en moto. Si quieres estar con Thomas Mann, no puedes andar tras esa pelirroja. Toda la tontería moderna de «si quieres, puedes» o «solo tú te pones límites» no es de una gran inocencia —es de una maldad profunda por ser de una ignorancia culpable.

Así, estos veranos en la finca tienen para mí algo purgativo: no salgo, no bebo, no gasto; a cambio, fumo como un demonio. Me paso las tardes leyendo, por lo general con poco sistema: basta con decirme que debo leer a Ortega para ponerme con Julien Gracq. No me preocupa en exceso —creo que las lecturas tienen su propia providencia, y a veces aprende uno menos leyendo que picando entre los libros. También escribo lo que puedo, por lo general inútilmente. En 1999 pasé el verano en una pequeña quinta del Alentejo y una vez, con los demás muchachos, me llevaron a un concierto de una banda de rock duro portugués (!) llamada A Quinta do Bill, y luego me pasé todo el mes para hacer la crónica, con una exigencia flaubertiana que ya quisiera hoy, en unos cuadernos de contabilidad antiguos, de hojas inmensas, que me gustaban mucho.

Aunque uno viene al campo, ejem, a exigirse o, mejor dicho, a ver si salimos más formados y más sabios, es fácil, y triste, concluir que todo el mundo pensará que estoy haciendo el canelo. Ni me hago ilusiones ni puedo llegar a otra conclusión. Porque en el campo se trabaja en serio, y soy consciente de que todo

mi *beatus ille* podría sorprender al jornalero convocado, como en la Biblia, a las siete de la mañana para ir a cualquier cosa: poner alambradas, separar ganado, pintar paredes o descargar camiones. Los callos en las manos no están para pulsar la lira —vienen más bien de arrancar jaras.

Pero hay aquí algo que llama más hondo que el placer o la belleza: el tiempo, vuelto costumbre o —mucho mejor— arraigo, y un espacio con algo de templo a los dioses familiares. Por estos mismos pasillos oí el bastón de mi abuelo, vi el paso encorvado de mi abuela; algo nos dice una cama en la que hemos dormido quizá treinta años. Cuando era más joven, nada más llegar a la casa, tenía un rito: ir cuarto por cuarto, comprobándolo todo, viendo qué había de nuevo o qué había de cambiado. Ahora mantengo el mismo rito, pero con distinta intención: asegurarme de que las cosas siguen como estaban. Los mismos libros —*El horticultor autosuficiente*, *El naturalista en el jardín*— en la biblioteca. El olor a humedad en el cuarto del billar que dejamos de usar hacia 1995. Los limoneros, más viejos y leñosos. El maravilloso guardarropa del que coger el abrigo que te dé la gana. Algún dulce —o una tortilla recién hecha— en la cocina. También es interesante, claro, ver si hay alguna incorporación a la bodega, aunque ponerse un oporto sería posar del *gentleman farmer* que no somos. Para eso ya está papá. En principio, este debiera ser y es para mí un lugar de la memoria, pero nunca sabría decir cuándo murió la perrita Lola o el caballo Nador, cuándo se fue Florencio, qué verano era el de aquella tenca tan grande o si en esa montería con mi padre tendría yo quince años o ya los dieciséis. Todo es la misma página, que si es feliz es porque aquí uno se ha olvidado de la necesidad de ser feliz.

El amor del padre es un préstamo que los hijos devuelven a sus hijos.